

LIBROS DE ESPAÑA EN LISBOA

ESPÍRITU Y ÉXITO DE UNA EXPOSICIÓN

HABLÓ un día Joaquín Costa de que cada español habría de defender a su patria con un libro en la mano. Asignó así al libro un nuevo valor; puso en él, junto a la cualidad literaria, una cualidad combativa.

Muchas decisivas horas del mundo han salido de los libros. Estos han movido revoluciones, guerras, sueños. Sus páginas fueron alimentando esperanzas, consolando dolores. En esta hora del mundo, el libro de España lleva, tierras adelante, la verdad de paz y de amor que en nuestro espíritu y en nuestro esfuerzo alienta. Mientras el mundo se desgarrar en una trágica zarabanda de odios, nuestro país afirma sus eternas raíces espirituales, de las que el libro trata de ser un exponente fiel y fervoroso.

Entre los orgullos y las alegrías que 1946, al marcharse, deja a España, figura el éxito de la Exposición del Libro Español en Lisboa. Nuestros volúmenes no iban a la tierra hermana a defender valores allí perfectamente comprendidos y estimados. No iban a ganar voluntades adversas, desconocedoras de la verdad española. Venturosamente, en esta incierta hora del mundo, Portugal y España se saben unidas con apretados lazos de la frente y del corazón. Y así, nuestros libros no iban a Lisboa con polémico afán de convencimiento y defensa, sino en mensaje de amor. Trataban de ser,

simplemente, un signo más del fervor con que los dos países se hermanan en una tarea común de paz y de espiritualidad.

A lo largo del tiempo, la vida literaria de ambos pueblos tiene frecuentes puntos de contacto. Hay un intercambio constante en las corrientes culturales de Portugal y España. Los hombres que las encarnan y representan viajan por los dos países, los conocen, los aman. En portugués y en español escribieron figuras de la talla de Luis de Camoens, Gil Vicente y Francisco Manuel de Melo. Hay proyecciones portuguesas en Cervantes, en Lope, en Tirso, en Calderón, en Luis Vélez de Guevara. Nuestro Suárez ve llegar en Lisboa sus últimos días. Fray Luis de Granada traza palabras de amor en Benfica. Modernamente, Eduardo Marquina traduce a Guerra Junqueiro, y Villaespesa, a Eugenio de Castro y Julio Dantas. Ya en nuestros días, esa relación literaria se afirma y robustece. Signo de ella es el hecho de que en nuestras anuales Ferias del Libro figuren ya las obras portuguesas. Como lo ha sido, ahora, la instalación de la Exposición del Libro Español en Lisboa.

Hermoso éxito el de la Exposición en la capital portuguesa. Revistió su inauguración la máxima solemnidad. El Jefe del Estado portugués presidió el acto. Junto a él, el Ministro de Educación Nacional en aquel país, nuestro Embajador, nuestro Director general de Propaganda. Durante unos días, en la vida intelectual de Lisboa la Exposición de nuestros libros fué motivo de actualidad, comentario y elogio. Conferencias de escritores, lecturas de poetas, subrayaron el sentido espiritual de los miles de volúmenes allí reunidos. Dificultades materiales conocidas de todos hacen que el ritmo de nuestra vida editorial no pueda ser el que en realidad queríamos. Y es, sin embargo, sorprendente la vitalidad con que nuestra actividad editorial se desenvuelve. La producción es intensa y sigue un ritmo ascendente. Se edita bellamente, con una perfección que no es sólo riqueza tipográfica y material, sino atención, buen gusto, finura en el color, en la forma y en el detalle. Arte, en fin; arte editorial, que alcanza hoy una cima de raras y espléndidas calidades.

Había tras de todo esto en la Exposición de Lisboa una dimen-

sión espiritual que completaba el valor y el significado de lo allí agrupado y expuesto. Aquellos miles de volúmenes respondían a una espiritualidad, a una actitud ante la vida y la historia. Eran nuestro pensamiento, nuestra fe, nuestra creación. Nuestro sentido espiritual, humano y humanista de las cosas. Por eso ha podido Eugenio d'Ors, en su conferencia de Lisboa, destacar este acento que crecientemente acompaña a la creación literaria y editorial: «Si hoy posamos los ojos en una obra bibliográfica cualquiera, o en un Catálogo como el que ha ilustrado la Exposición del Libro Español en Lisboa, advertiremos en su contenido el alza creciente, en cantidad y en calidad, de los libros que se inspiran en el espíritu de las Humanidades. La etapa de la especialización en compartimentos estancos va ya de vencida. Autores y lectores, para no hablar de sus intermediarios en la edición y en la librería, se han percatado, al fin, de que la Ciencia sin Humanidades es una pedertería; la Historia sin Humanidades, menuda erudición; el Derecho sin Humanidades, leguleyería sospechosa; la Medicina sin Humanidades, empiria; la Técnica sin Humanidades, barbarie.»

Resplandece todo este sentido espiritual, humano y humanista, en los millares de volúmenes españoles que Lisboa vió durante unos cuantos días del otoño. Nuestros libros eran, además, el mensaje de amor—uno más en la estrecha amistad de los dos pueblos—que España enviaba a Portugal. Reflejos del pensamiento y del corazón de España se manifestaban allí, en la alegría multicolor de los volúmenes expuestos. Era en la ciudad del Tajo: el Tajo, que llegaba al Atlántico desde tierras españolas tras de haber besado a Toledo.